

bajo de cajistas e imprimen programas para los de siete y ocho años, quienes pagan dicha labor. Las diversas clases preparan por turno los almuerzos de la escuela. Mi hijo explicaba a nuestra cocinera la semana pasada la receta para hacer bollos de maíz. «Le he dicho», nos manifestó, «que, como la familia es grande, debe poner doble cantidad».

Nada se hace en la escuela como labor independiente o aislada. Todo se aprende en relación con la vida real. Los chiquillos no aprenden a leer porque la lectura representa uno de los deberes prescritos, sino porque desean usar de este medio para conocer algo más acerca de ciertos personajes cuyas aventuras les interesan. Aprenden aritmética porque es esencial para el manejo de la tienda y del taller de imprenta; aprenden geografía siguiendo el proceso de los viajes a través del mundo, y haciendo uso de sus recursos. La ciencia no es un haz de fórmulas y de reglas; es el conjunto de las interesantes leyes a favor de las cuales brillan luces y funcionan teléfonos, y se ha hecho el agua, y la tierra misma se ha formado y ahondado por los ríos. El aprendizaje entero está lleno de emociones; y yo mismo, hombre viejo y endurecido, con los recuerdos de mis pesados tiempos de escuela incrustados en la mente, me sorprendí de permanecer allí interesado hora tras hora. Casi deseaba tener tres años y comenzar de nuevo mi educación en esta forma.

Aquellos chicos eran felices, todos ellos, y se mantenían siempre en curiosa expectativa. Esto fué lo primero que atrajo mi atención. Hacían abstracción completa de sí mismos, circunstancia igualmente admirable. Eran corteses, pero dignos y francos, cual corresponde a personas ocupadas y conscientes de la importancia de su labor.

Finalmente, tenían maravillosa confianza en sí mismos. Desde el principio se les había estimulado a creer que podían desempeñar cualquiera ocupación. *Todos* fabricaban objetos con sus propias manos; *todos* cantaban; *todos* escribían; *todos* pronunciaban discursos en las asambleas de la escuela; *todos* cocinaban, y modelaban arcilla y pintaban. Cuando contrataron a un maestro de impresión expresó éste serias dudas de que niños de nueve y diez años pudieran hacer de cajistas y manejar la prensa; pero los niños le asombraron. No solamente aprendieron a disponer los tipos de imprenta y a manejar la prensa; fueron al laboratorio e indujeron al maestro de ciencias a que les enseñara a hacer tinta negra, roja y azul.

«Me han hecho concebir nuevas ideas acerca de la capacidad de un niño,—declaró el maestro de imprenta.—Creo que menospreciamos de continuo las facultades de los seres humanos; nuestro entero sistema educativo consiste en una serie de represiones. Estos chiquillos se atreven a todo; nunca se les ha enseñado que hay cosas más allá de sus facultades, cosas que sólo los adultos o las personas excepcionalmente dotadas pueden intentar. Están familiarizados con el hábito de lograr lo que se proponen, y esto

constituye quizá el elemento principal del buen éxito».

Naturalmente, esta escuela es una escuela particular. Las clases son poco numerosas, y la inteligencia de los maestros es muy elevada. Como experimento es altamente interesante; pero si los beneficios se limitan a un puñado de niños, el resultado no asume especial importancia. La gran masa de niños asiste a las escuelas públicas, y allí es donde reside nuestro verdadero problema educativo. Propuse el asunto al director de la escuela.

—¿Hasta qué punto sería este sistema aplicable a las escuelas públicas?—pregunté. —¿Es práctico? Necesitaríamos mucho mayor número de maestros, y maestros mucho mejor pagados. Y equipo muy superior.

—Necesitaríamos todo eso,—replicó.—Mas, ¿por qué no habríamos de tenerlo? ¿Por qué no habríamos de gastar en escuelas tanto dinero como hemos gastado en la guerra? ¿Hay, acaso, algo más importante? ¿Por qué han de ser nuestras escuelas públicas inmensas, desnudas y feas colmenas? ¿Por qué no podríamos trabajar con pequeñas unidades, con escuelas de barrios, reproduciendo la atmósfera del hogar y admitiendo cien niños en cada una en vez de recibir quinientos o mil? ¿Por qué no ha de ser el maestro de la escuela pública el individuo mejor preparado de la comunidad y recibir una remuneración conmensurada con la que recibe cualquier hombre o mujer que ejerce una profesión? ¿Por qué no habrían de tener los maestros una preparación general que los hiciera idóneos para conducir su clase como un mundo en pequeño relacionando todos los estudios directamente con la vida, puesto que su preparación les habría dado amplios conocimientos y práctica de la vida?

—¿Por qué no habría de ser así?—repliqué. Esta respuesta no solucionaba en manera alguna el asunto, pero no se me ocurrió otra cosa que decir.

EL CASO DE LINCOLN

GENERALMENTE decimos que en los Estados Unidos la educación comienza en la pequeña escuela pintada de rojo, pero creo estar en lo cierto afirmando que efectivamente comienza en la universidad. Cuando apenas habían tenido tiempo de instalarse, a raíz de su desembarco en Plymouth Rock, los padres peregrinos fundaron Harvard College con el propósito definido de propender a la educación de un clero ilustrado. La pequeña escuela pintada de rojo y los liceos vinieron más tarde: peldaños inferiores labrados en conformidad con los superiores y destinados a facilitar el acceso a la educación académica. El deber de la pequeña escuela pintada de rojo era imbuir en la mente del estudiante ciertos hechos y fórmulas que le prepararan para el pequeño liceo pintado de rojo. Allí se adquiriría el conocimiento de otros hechos, unido al de las lenguas antiguas y a fragmentos de viejas filosofías, para que los jóvenes fueran admitidos en la universidad. Y en la universidad se prepa-

raba al estudiante para la alta vocación de ministro de la iglesia. De suerte que el sistema entero se había construido en sentido *descendente*, comenzando en lo alto, en vez de edificarse en sentido *ascendente*, principiando por los cimientos, consistiendo sus funciones en preparar hombres para el servicio eclesiástico, guías que debían conducir a un mundo diferente y superior a aquel en el cual vivimos.

Los tiempos han cambiado: el noventa por ciento de los graduandos de universidad no siguen ya la carrera eclesiástica; abandonan los estudios para ingresar al mundo de los negocios. Naturalmente las escuelas y colegios han cambiado en cierto modo; pero la cuestión es: ¿han cambiado lo suficiente? El sistema que ahora prevalece, ¿no es más o menos el mismo que prevalecía en otro tiem-

GUIA PROFESIONAL

MÉDICOS

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consultas: de 2 a 4 h.

EXCEPTO LOS DOMINGOS — TELEFONO 857

Dr. TEODORO PICADO

MEDICO Y CIRUJANO

Despacha frente a la lechería de González de las 14 a las 17 horas.

Doctor Constantino Herdocia

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

ABOGADOS

JORGE R. AGUILAR

ABOGADO

Despacha en la oficina del Licenciado don Francisco Aguilar Barquero.

ALEJANDRO ALVARADO Q.

RICARDO FOURNIER

TEODORO PICADO H.

ABOGACÍA Y NOTARIADO

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. M. FISCHER

DENTISTA AMERICANO

TELÉFONO 683

APARTADO 434

Depósito y venta de materiales para dentistas

FRENTE AL CORREO

SAN JOSE

COSTA RICA